

Presentación del libro "Ramón Garrabou. Sombras del progreso. Las huellas de la Historia Agraria", Ricardo Robledo (ed.), Ed. Crítica, Barcelona, 2010.

Josep Fontana.

Círculo de Bellas Artes, Madrid, 7 de junio de 2010.

Hablar acerca de lo que significa este libro me obliga a referirme a dos temas distintos; pero estrechamente relacionados. El primero es, lógicamente, la persona en cuyo homenaje se concibió, esto es Ramon Garrabou. Conozco a Ramon desde hace muchos años, le he tenido como vecino, como compañero en el trabajo de redactar enciclopedias, primero, y en la universidad más tarde, y como asociado en alguna que otra aventura, incluyendo una revista y una investigación sobre la hacienda de la guerra de la Independencia, de la que sólo se publicó un resumen. De otras complicidades, como las políticas, prefiero en cambio no hablar. He aprendido a apreciar la calidad de su trabajo y su integridad personal, aunque me he cabreado en más de una ocasión con él, porque no siempre resulta fácil tratar con ese campesino de cabeza dura, empeñado normalmente en llevarte la contraria, lo que no es en él fruto de mala intención, sino tan sólo una manifestación de su voluntad de ir contra corriente. De su calidad humana da buena cuenta el afecto y el respeto que se ha sabido ganar, como lo demuestra la nómina de cuantos se han apresurado a sumarse a este homenaje, que hubiese sido sin duda más extenso, si hubiésemos dispuesto de espacio suficiente para incluir más trabajos.

Pero no se me ha pedido que haga un elogio formal de Garrabou, ni creo que él lo necesite. Pienso que el esfuerzo que hemos hecho para sacar a la luz este volumen, en tiempos difíciles y contra no pocos inconvenientes, es una demostración más clara de lo que pensamos acerca de Ramon, y del aprecio que le tenemos, que lo que pudiera decirse en cualquier discurso.

Preferiría dedicar el tiempo de que dispongo a una reflexión acerca de la actualidad de la historia agraria, un campo de investigación al que su estrecho contacto con las realidades de la condición humana -la relación del hombre con el medio natural, el trabajo, la lucha por la propiedad, la pugna en torno de las rentas o el esfuerzo por vencer el hambre- ha salvado de un cierto enloquecimiento del que ha sido víctima una buena parte de la historia económica convencional. Llevo un tiempo viendo laboriosos ejercicios matemáticos que conducen a

resultados sin interés alguno o, lo que es peor, que pretenden llegar a conclusiones trascendentes sobre la base de supuestos inaceptables. Y no me refiero tan sólo a trabajos de principiantes; que los medios académicos se tragasen hace un par de años un camelo como A farewell to alms de Gregory Clark, con su pretensión de ser, como rezaba su subtítulo, "una breve historia económica del mundo", demuestra que algo está fallando en este terreno.

Estamos en momentos de crisis de la historia académica tradicional, lo cual es lógico que suceda, cuando está también en crisis el modelo social de cuya naturaleza se suponía que había de dar esta historia legitimación y cuenta. La visión basada en el estilo de cuantificación introducido por Colin Clark¹ y por Simon Kuznets, que condujo a esquemas simplistas sobre el desarrollo económico en la línea de los de Rostow, parece haber agotado sus posibilidades. Hemos llegado a la convicción de que las cifras del PNB no reflejan lo que realmente necesitamos conocer de una sociedad, pero la forma de llegar a mediciones más efectivas presenta un gran número de dificultades, incluyendo, aunque parezca paradójico, algunos obstáculos políticos².

A una imagen simplista del crecimiento económico le correspondía una visión esquemática del desarrollo social. William McNeill nos describe la clase de enseñanza de la historia que se da en una universidad de prestigio como la de Oxford diciendo que lo que se enseña allí son: "fragmentos aislados de la historia de Inglaterra desde la época romana, fragmentos aislados de la historia general europea y, ocasionalmente, algunas décadas seleccionadas de la historia de Estados Unidos"³. Esta construcción artificial, destinada a legitimar su momento final, la gloria triunfal, tras la victoria en la guerra fría, de lo que se ha dado en llamar el "sistema de libre empresa" -una denominación que, como ha dicho hace poco el departamento de Educación de Texas, debe reemplazar a la de "capitalismo", porque este término tiene connotaciones

¹ Sobre el pensamiento y la obra de Colin Clark véase Angus Maddison "Macromeasurement before and after Colin Clark", en Australian Economic History Review, marzo de 2004.

² Sobre esta cuestión, Jon Gertner, "The rise and fall of GDP" en New York Times, 10 de mayo de 2010.

³ Del prólogo a David Christian, Mapas del tiempo. Introducción a la "gran historia", Barcelona, Crítica, 2006, p. 12.

desagradables-, esta construcción, digo, se le presenta al estudiante como una síntesis adecuada del conjunto de la historia, reemplazando a la vieja visión del progreso, que se basaba en los avances de la ciencia y de la tecnología.

De ahí la reacción que ha llevado a buscar caminos hacia formas más satisfactoria de investigar el pasado, rompiendo con las limitaciones que impone el uso de la proyección forzada hacia atrás del orden establecido actual. Buscamos hoy una pauta que sitúe la evolución de las sociedades humanas en el contexto del escenario físico en que se produce, tomando en cuenta el tiempo largo, como nos propone la "big history" de David Christian, pero que sea capaz a la vez de mostrar la interacción entre lo universal y lo local⁴, y de combinar las perspectivas temporales largas y las cortas, como nos propone Penelope Corfield, que nos dice que "el largo plazo es siempre perceptible en el momento inmediato, del mismo modo que el momento sincrónico está entrelazado en un marco diacrónico. Debido a este estrecho enlace entre pasado y presente los estudios del tiempo han de tomar en cuenta las dos perspectivas", usando "formas multidimensionales de interpretar la combinación de persistencia, adaptación y transformación que configuran conjuntamente el pasado y el presente y, mirando hacia adelante, también el futuro"⁵.

Lo que David Christian nos propone con la "big history" no es tan sólo enlazar en un mismo discurso, aunque con escalas temporales distintas, las historias del universo, de la vida y de las sociedades humanas, sino, sobre todo, mostrar cómo la historia humana está sujeta a la "interminable danza que bailan el caos y la complejidad"⁶, por decirlo con sus mismas palabras.

Y este propósito aparece todavía en forma más explícita en una aportación reciente de Fred Spier, en su libro Big History and the Future of Humanity⁷, que nos presenta una propuesta para interpretar el conjunto de la historia, desde la evolución material del universo hasta las realizaciones de las sociedades

⁴ A.G. Hopkins, ed., Globalization in World History, Londres, Pimlico, 2002 y Global History: Interactions between the Universal and the Local, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.

⁵; Penelope J. Corfield, Time and the Shape of History, New Haven, Yale University Press, 2007, pp. 249-252.

⁶ Christian, Mapas del tiempo, p. 605.

⁷ Chichester, Wiley-Blackwell, 2010.

humanas, en términos de la formación y la decadencia de la complejidad en niveles que pasan de la materia a la vida, y de esta a la cultura, de acuerdo con una evolución que requiere que consideremos los flujos de energía a través de la materia. A esto le añade Spier un principio nuevo, el "goldilocks pinciple", que va a presentar problemas para el traductor de su libro, puesto que su versión literal sería la de "principio ricitos de oro", lo que me reconocerán que queda fatal. El nombre procede del cuento de "Ricitos de oro y los tres osos" que nos relata cómo una niña encuentra en el bosque una casa habitada por tres osos -el padre, la madre y el pequeño-, entra en ella en momentos en que la familia no está presente, se acerca a tres tazones de comida que están preparados, descubre que uno está demasiado caliente, otro demasiado frío y sólo el tercero está a su gusto, y lo mismo le ocurre con las sillas o con las camas de la familia de los osos. El cuento se acaba con que los osos regresan, se cabrean al ver la que ha armado la niña y la ricitos tiene que largarse por piernas hacia el bosque. Está claro que lo que Spier pretende es introducir en esta visión de la historia en términos de complejidad la necesidad de tomar en cuenta las circunstancias que favorecen o obstaculizan el proceso. No sé. A lo mejor habrá que aconsejarle al traductor que lo vierta como el "principio de los tres osos".

Ustedes tal vez empiecen a preguntarse qué tiene todo esto que ver con la historia agraria de la que se supone que debo hablar. Una ojeada a la génesis del pensamiento de Spier me ayudará a explicarlo⁸. Fred Spier obtuvo en los años setenta un título en bioquímica, especializado en ingeniería genética. Le interesaban sobre todo las cuestiones medioambientales, pero como en aquellos momentos éstas no tenían acogida en la universidad holandesa, se puso a estudiar la antropología cultural de un poblado andino del Perú con el fin de averiguar cómo funcionaba realmente una sociedad agraria tradicional, con el propósito, nos dice, de situar el pueblo de Zurite, en el distrito de Cusco, en el contexto tanto de la historia del Perú como de la historia de la humanidad. De ahí pasó, desde alrededor de 1993, a la organización en la Universidad de Amsterdam de unos cursos de "big history" en que participan

⁸ Fred Spier, "The small history of the Big History course at the University of Amsterdam", en World History Connected, vol 2., número 2, mayo de 2005.

astrónomos, geólogos, biólogos e historiadores, que se desarrolla desde entonces con un considerable éxito, lo cual quiere decir sobre todo con una excelente aceptación por parte de los estudiantes, como sucede con otros cursos semejantes que se realizan en Australia o en Estados Unidos. La historia agraria fue, en este caso, el gozne que iba a enlazar sus preocupaciones por el medio ambiente con un replanteamiento de la historia humana en términos del estudio de la evolución de la complejidad.

El fundamento de estas, como de tantas otras propuestas de renovación crítica de la historia, es el de tratar de explicar cómo se ha torcido el rumbo del progreso que nos anunciaban y cómo hemos llegado a la crisis a que estamos abocados. Si las visiones con que se nos educó se utilizaban como una confirmación legitimadora del triunfo de un modelo de crecimiento y desarrollo, lo que necesitamos ahora, por el contrario, es otra que nos ayude a entender las causas del desastre a que hemos llegado, y a encontrar modos de salir de él. Hemos de reemplazar una visión lineal que dividía toda la evolución histórica en un mundo preindustrial y otro industrializado, en el que se iba subsumiendo también la propia producción agraria, por otra u otras que recuperen lógicas diversas que apuntaban en distintas direcciones de crecimiento. Y parece lógico suponer que en esta tarea el estudio de las sociedades agrarias ha de tener un papel fundamental.

Está claro que al hablar de la crisis actual no me refiero tan sólo a la de origen financiero que estamos sufriendo, y que parece que vamos a seguir sufriendo en nuestras propias carnes en un futuro indeterminado. Aunque también en este terreno me parece que hay razones que abonan por una propuesta de recuperar una racionalidad crítica. No parece lógico aceptar sin más la tesis de que la culpa de lo que nos está ocurriendo sea del déficit del presupuesto de Grecia o del coste de las pensiones de jubilación españolas, cuando uno y otro representan cifras poco menos que insignificantes al lado del despilfarro de la especulación financiera norteamericana. El volumen total sumado de la deuda pública y privada de Grecia, Portugal y España se dice que es, lo leí ayer en el New York Times, de algo más de dos billones y medios de dólares (2'6, para ser más preciso)⁹, pero la burbuja norteamericana de 2007-2008 se calcula que

⁹ Jack Ewing, "Debtors' prism: who has Europe's loans?", en New York Times, 4 de junio de 2010.

ascendió a 8 billones. Estamos en una situación aberrante en que, como ha dicho Dean Baker, "los banqueros y sus cómplices en el Fondo Monetario Internacional están dictando políticas a gobiernos elegidos democráticamente. Su programa parece ser el mismo en todas partes: recortad las pensiones, reducid el gasto público en sanidad, debilitad los sindicatos y haced que los trabajadores sufran recortes en sus salarios"¹⁰. ¿De verdad cree alguien que fueron los salarios de los trabajadores y el gasto en sanidad lo que produjo la crisis de Wall Street?

A escala global, por otra parte, el problema más angustioso sigue siendo el del hambre, en una situación que puede verse agravada de inmediato por el virus que amenaza en África la producción de yuca o casabe, la tercera de las grandes fuentes de alimentación humana, tras el arroz y el trigo¹¹. Y en este terreno específico parece evidente que los estudios sobre la realidad agraria, en el pasado y en el presente, van a tener mucho que ver en el debate que ha suscitado, por ejemplo, la pretensión de resolver los déficits actuales por la vía de una nueva "revolución verde", que amenaza con repetir los males de la anterior. Como han señalado Raj Patel, Eric Holt-Giménez y Annie Shattuck, la primera revolución verde aumentó la cantidad de alimentos disponibles por persona en un 11 por ciento en el período de 1970 a 1990, pero la mayor parte de este avance se debió a cambios producidos en el interior de China, mientras que en el conjunto del planeta fue el hambre la que aumentó en un 11 por ciento por término medio, y en un 20 por ciento en América Latina¹².

Lo peor fue lo que vino después. En la India la euforia inicial acabó con el agotamiento de los acuíferos y el endeudamiento de los campesinos, lo que los llevó a una auténtica catástrofe. En América Latina los espectaculares aumentos de los rendimientos se produjeron en grandes explotaciones, que se organizaron sobre la base de la expulsión de millones de pequeños cultivadores campesinos de sus tierras. En Colombia, en concreto, se habla de más de cuatro millones de

¹⁰ Dean Baker, "The cult of subprime central bankers" en Huffington Post, 27 de mayo de 2010.

¹¹ Donald G. McNeil jr., "Virus ravages cassava plants in Africa", en New York Times, 31 de mayo de 2010.

¹² Raj Patel, Eric Holt-Giménez y Annie Shattuck, "Ending Africa's Unger", en The Nation, 21 de septiembre de 2009.

personas expulsadas del campo y de unos 6'8 millones de hectáreas expropiadas violentamente entre 1985 y 2007.

La realidad, como nos muestran los censos de la FAO, es que vivimos en un mundo en que hay unos 525 millones de explotaciones agrícolas, que proporcionan medios de vida a un 40 por ciento de la población mundial. Cerca de un 90 por ciento de estas son pequeñas explotaciones de menos de dos hectáreas, que ocupan un 60 por ciento de toda la tierra arable y contribuyen substancialmente a la producción de alimentos: en África, por ejemplo, un 90 por ciento de la producción agrícola procede de estas pequeñas explotaciones¹³. Transformar este panorama en otro de grandes empresas de producción agraria resulta discutible desde el punto de vista de la eficacia productiva a largo plazo, como nos enseña la historia de la primera revolución verde, pero tiene además un coste humano intolerable, como es el de condenar a millones de familias a abandonar sus tierras y seguir el camino que las acumula en estos suburbios, en estas "ciudades miseria", donde se hacinan ya mil millones de seres humanos, lo que acabaría convirtiendo nuestro mundo en el "planeta de ciudades miseria" que anticipa el libro de Mike Davis.

Que en estos momentos se pueda detectar en medio mundo un reguero de resistencias campesinas que se niegan a aceptar la continuidad del despojo generalizado que se inició en gran escala con la pérdida de las tierras y los derechos comunes, y que ha seguido sin pausa desde las "enclosures" para acá, es, cuando menos, una prueba de que no todo quedó cerrado y resuelto con las sucesivas "revoluciones agrícolas" de nuestros manuales.

Necesitamos de las aportaciones de la historia agraria para revisar críticamente estos modelos de crecimiento que se nos proponen como soluciones de futuro. Personalmente puedo decir que fue a partir de los trabajos de historiadores como Edward Thompson o Robert Allen que aprendí a superar las visiones simplistas de la primera revolución agrícola británica, y que debí a otros, como Jean-Marc Moriceau, Pierre de Saint Jacob o Anatoli Ado, haber aprendido a ver cuán compleja era la trama social del cambio agrario en la crisis del Antiguo régimen. Cuando recuerdo los planteamientos esquemáticos con que yo mismo empecé a andar por estos caminos en los años sesenta, apoyándome en unos elementos de referencia de una miseria extrema, me alegra ver la riqueza de los estudios actuales de historia agraria en España, que han transformado nuestro conocimiento, no

¹³ IAASTD, Agriculture at a Crossroads, Washington, Island Press, 2009.

sólo en cuanto a definir mejor las grandes líneas de cambio, sino también, y sobre todo, en cuanto a identificar las pautas de un cuadro diversificado y complejo, que no sólo se define en función de las diferencias del paisaje físico y del social (quiero decir de la herencia histórica), sino que toma en cuenta también la parte que han podido tener las circunstancias que favorecen o dificultan el desarrollo de la complejidad, partiendo, y déjenme citar en este punto a Thompson, de "la realidad ambigua y ambivalente" que encontramos en los archivos.

Viendo los estudios reunidos en este volumen, que me parecen una espléndida muestra de estos avances, y un reconocimiento plenamente merecido de la parte que Ramon Garrabou ha tenido en este progreso, lo que más me ha satisfecho, sin embargo, es ver que no son pocos los que muestran una clara conciencia de la relación que existe entre las cuestiones que tratan de analizar en el pasado y los problemas de la actualidad. En un mundo de confusión como este en que vivimos me parece que forma parte de nuestras obligaciones contribuir en la medida de nuestras posibilidades a crear conciencia de los fallos de un modelo agotado y ayudar en la tarea de elaborar otro que sea más eficaz en términos de conseguir aquel objetivo que proclamaron en 1941, en el punto sexto de la "Carta del Atlántico", los que iban a ser los vencedores de la Segunda guerra mundial, que una vez ganada la contienda se olvidaron por completo de tales promesas. Me refiero al compromiso de conseguir que "todos los hombres de todas las tierras puedan vivir sus vidas libres del miedo y de la necesidad".

Josep Fontana
Junio de 2010.